VIDAS AJENAS.

Comedia en verso en tres actos

ORIGINAL

DE D. EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el teatro principal de Zaragoza la noche del 7 de enero de 1862.

ZARAGOZA.

IMP. DE VICENTE ANDRES, CUCHILLERIA, 42.

1862.

VIDAS AJENAS.

Comedia en verso en tres actos

ORIGINAL

DE D. EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el teatro principal de Zaragoza la noche del 7 de enero de 1862.

ZARAGOZA.

IMP. DE VICENTE ANDRES, CUCHILLERIA, 42.

1862.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/vidasajenascomed00blas

Al Sr. D. Gerónimo Borao.

AMIGO MIO:

Bien sé que este juguete es indigno hasta de que usted lo lea, pero estoy seguro de que el nombre de usted al frente de mi primer ensayo dramático servirá, al par que de escudo contra los ataques de la crítica, para probarle la franca y desinteresada amistad que siempre le ha profesado y profesa el que hoy dedica á usted sus pobres versos.

Reciba usted, pues, estas páginas con su acostumbrada benevolencia, y mis deseos se habrán cumplido.

Suyo afectísimo,

Eusebio.

Mentirosos adalides,
que de las vidas ajenas
guisais plato para el gusto
de muchas sordas orejas,

. . . . . .

pelead con la tizona,
non ofendais con la lengua,
por non con ella imitar
á las mal fabladas fembras.

(*Romancero del Cid*).

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 23 de setiembre de 1861.

El censor de teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

ES COPIA.

Esta comedia es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en ningun teatro.

PERSONAJES.

LA BARONESA. . . .	D.ª Amalia Gutierrez.
CRISTINA.	D.ª Matilde Granados.
JUANA.	D.ª Fabiana García.
ANTONIO.	D. Joaquin García Parreño.
ENRIQUE..	D. Claudio Compte.
D. CÁRLOS.	D. Domingo García.
D. LEON.	D. Carmelo Mas.

Bañistas, viajeros, etc.

La accion se supone en la fonda inmediata á un establecimiento de baños en un pueblo de Aragon.

ACTO PRIMERO.

Salon de descanso en la fonda: puertas numeradas á los lados y otra al frente, que deja ver el jardin: á los costados de ésta ventanas bajas con persiana; á la derecha del proscenio un velador con papeles, libros, etc. CRISTINA, ENRIQUE y D. CÁRLOS aparecen sentados, y ANTONIO pasea por la sala fumando.

ESCENA PRIMERA.

Cristina, Enrique, Antonio, D. Cárlos.

D. CARLOS. Vamos, digánoslo usté, (*á Enrique*).
que nos mata la impaciencia.

ENRIQUE. Pues me gusta la ocurrencia,
¡si yo mismo no lo sé!

CRISTINA. Pero tú la has visto allá,
y lo sabes.

ENRIQUE. Pues señor,
no lo sé; ¡con qué furor
lo han tomado ustedes yá!

CRISTINA. Una mujer sola y bella.....

D. CARLOS. No hay duda que es muy hermosa.

CRISTINA. ¡Vamos! (*á Enrique*).

D. CARLOS. Diera cualquier cosa
de valor, por saber de ella.

CRISTINA. Y yo.

D. CARLOS. ¿Pero hombre, sabemos
esa historia? ¿Sí ó nó?

ENRIQUE. Bien; mas lo que diga yo
es la opinion que.....

CRISTINA. Dejemos
dengues á un lado, y acabe
la historia.

ANTONIO. (Me tienen frito).

ENRIQUE. Despacito, despacito,
señores, que el caso es grave.
Esa mujer..... aseguran.....
pero á esto no hay que dar fé;
porque á veces, ya se vé,
á tantas otras murmuran.....
Señales de impaciencia en Cristina y D. Cárlos).
Voy al caso: yo la ví
en Madrid, y..... francamente,
vestía elegantemente,
y gastaba así así.
Viendo un ser tan candoroso
—porque... es bella, ¿no es verdad?—
con muy poca cortedad
me dediqué á hacerle el oso.

CRISTINA. ¿Cómo?

ANTONIO. En éste es muy comun.

CRISTINA. ¡Bien, muy bien, caro futuro!

ENRIQUE. Es que entonces, te lo juro,
no te conocia aun.

CRISTINA. Ah, creia.....

ENRIQUE. Yo no sé
lo que por la tal anduve.

CRISTINA. Pero ¿le hablaste?

ENRIQUE. ¡Cá! estuve
dos meses así, y se fué.

No volví á acordarme ya
de ella.

CRISTINA. ¡Bien!

ENRIQUE. Llegó el verano,
y fuíme á ver á mi hermano
á París; mas .... héte acá
que paseando una tarde,
veo venir hácia mí
un carruaje, y á ésta vi
que hacía de lujo alarde.
Para llamar la atencion
en París, es necesario
gastar siendo millonario
en cada dia un millon.
Pues nuestra protagonista
dió golpe; ¡y de qué manera!
no habia uno que no fuera
siguiéndola con la vista.
Eché tras ella al momento;
mas fué diligencia vana,
á la siguiente mañana
tomé en el tren un asiento,
y vine á España: poco há
que la ví en Andalucía,
bien puesta, sin demasía
en su porte, como allá.
Oigo aquí que uno se asombra
viéndola: vuelvo la vista,
y..... ¡Jesucristo me asista,
esta mujer es mi sombra!

D. CARLOS. Hombre, eso no lo sabrá
nadie mas que ella ó usté.
¿Quién es la sombra aquí?

CRISTINA. (*Recelosa*). ¿Qué?

D. CARLOS. ¿Ustéd ó ella?

ENRIQUE. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Qué bobada! El mundo rueda
y nos vamos encontrando.

ANTONIO. Pero..... francamente hablando,
¿tú la has amado? (*á Enrique*).

ENRIQUE. ¿Aun os queda
temor de que sea infiel?
¿No he de ser pronto tu esposo? (*á Cristina*).

ANTONIO. ¡Bien; como la hiciste..... el oso!

CRISTINA. No fuera digno de él.....
(*Cristina y Enrique hablan aparte*).

D. CARLOS. (Ella sola vive y viaja,
yo he de ver.....) (*Toma un periódico*).

ANTONIO. ¿Enrique? (Vamos
en empezando así, estamos
frescos). ¿Enrique? (¡ya baja!)
¡Demonio de enamorados!
Déjale ya, hermana mia.
¿Cristina? ¡Cá! no hay tu tia;
los dos igual; ¡qué pesados!

ENRIQUE. ¿Qué quieres, hombre?

ANTONIO. ¿Habeis ya
concluido? ¿Qué cuestiones
ventilais?

CRISTINA. Murmuraciones,
hermano.

ANTONIO. ¡Qué, quita allá!
Propiedad de mujercillas;
¿y tú tambien? (*á Enrique*).

ENRIQUE. Me pregunta
por Don.....

ANTONIO. Claro está; ¡y se junta
con uno!..... ¡Qué gacetillas!

CRISTINA. ¡Pero si tengo razon!
D. Nicomedes Rivero

ayer era un confitero,
y hoy la echa de señoron;
gasta como un potentado,
hace obras á troche y moche.....
hasta se ha comprado un coche.....

ENRIQUE. Justo; ¿cómo lo ha ganado?

ANTONIO. ¿Y qué os importa? Si el hecho
no es otro, dejarle estar:
él lo ha sabido ganar,
pues que le haga buen provecho.

D. CARLOS. ¿Y el banquero D. Ramon
cómo tan pronto ha ascendido?
Mi madre lo ha conocido
zapatero remendon.

CRISTINA. Ahí tienes.

ANTONIO. ¿Y qué?

ENRIQUE. Que hay gato
encerrado.

ANTONIO. ¡Qué manía!
¿Fué zapatero? Hallaria.....
la horma de su zapato.

CRISTINA. ¿Pues y la bella condesa
de Peralta?

ANTONIO. (Ay, Dios, ¡que gente!)

D. CARLOS. ¡Si era dama el año veinte
de un teatrillo!

ANTONIO. No es esa.

ENRIQUE. Si tal; le compró el condado
al de Peralta, que estaba
sin blanca, y necesitaba
dinero: me lo ha contado
un testigo, y son seguros
mis datos.

CRISTINA. Cierto; yo sé
hasta el precio.

D. CARLOS. Y yo, que fué
dos mil y quinientos duros.

ENRIQUE. Eso es.

ANTONIO. ¡Qué lenguas, Señor!
Chico, voy sin falta alguna
á pedir para ti una
plaza de investigador.
¡Santo Cristo de La Seo,
qué modo de disfamar,
y que afán de murmurar!
Lo estoy viendo, y no lo creo;
¿pero no me veis á mí
que no me cuido de nada?

CRISTINA. Es que hay cosas que.....

ANTONIO. ¡Bobada!
¿Y á tí qué te importa, dí?
Hace dos horas que estamos
aquí, y siempre consecuentes
en vuestra idea, á las gentes
no dejais vivir.

ENRIQUE. Hablamos
lo que todo el mundo, Antonio.

ANTONIO. ¿Y porque el mundo critique
lo que no debe, tú, Enrique,
has de ser igual?.... ¡Demonio!

CRISTINA. ¿Ois? Toca la campana
(*Suena la campana del comedor*).
llamándonos á comer.

ANTONIO. Esa es la fija. (*Se levantan todos*)

D. CARLOS. (He de ver.....)

ANTONIO. Ofrece el brazo á mi hermana,
zopenco. (*á Enrique*).

(*D. Cárlos ofrece el brazo á Cristina, que se apoya*)

CRISTINA. Gracias; ya está.....

ENRIQUE. Voy á entrar en un instante

á mudarme. (*Entra en su cuarto*).

ANTONIO. ¡Qué galante!
Baja luego.

ENRIQUE. Ya voy ya. (*Dentro*).

ESCENA II.

Cristina, Antonio, D. Cárlos.

(*Se abre la puerta de uno de los cuartos de la derecha del espectador, y aparece la Baronesa leyendo una carta*).

ANTONIO. Ea, pues, démonos priesa.

D. CARLOS. Sí, sí, vamos, que ya es hora.
(¡Ah, la viajera!) (*Viendo á la Baronesa*).

ANTONIO. Señora... (*Id. saludando*).
(¿Esa es la incógnita?) (*á Crist. y D. Cár.*)

CRIST. Y D. CAR. (Esa). (*Se van*).

ESCENA III.

La Baronesa.

¡Cómo se fijan en mí!
Segun me ha contado Juana,
apenas esta mañana
llegó mi carruaje aquí,
todo el mundo á murmurar
principió, ansiando saber
quien era aquella mujer
que acababa de llegar.
Y he visto á uno..... que por Dios
no me agrada su presencia:

él ya con impertinencia
en Madrid un mes ó dos
me siguió, cuando mi boda
próxima estaba á efectuarse,
y aunque supo retirarse,
el verle no me acomoda.
Por el no estraño capricho
de pasar por estos baños,
diz Juana que mil estraños
cuentos hoy de mí se han dicho.
¡Cómo la maledicencia
se ceba en cualquiera hoy dia!
¿Qué antecedentes tenia
ninguno de mí? ¡Paciencia!
(Leyendo la carta que lleva en la mano, y dirigiéndose á la puerta para bajar al comedor).
¡Pobre esposo mio! ¡Él
sí que es bueno! ¡Me ama tanto!
« No me olvides; entre tanto (*Lee*).
» te aguarda tu – Rafael. »

ESCENA IV.

La Baronesa, Enrique.

ENRIQUE. (¡Uf, la incógnita!) Señora... (*Saluda*).
BARONESA. (*Levantando la vista del papel*).
¿Quién? (¡Ah!) beso á ustéd la mano.
ENRIQUE. (Aquí de mi ingenio) en vano
no la busqué á ustéd ahora.
BARONESA. ¿A mí? No tengo el honor
de conocerle.
ENRIQUE. Yo sí,
señora, que siento aquí (*Señalando al corazon.*)

algo parecido á amor.

BARONESA. Pues si solo es parecido, (*Riendo*).
aguarde ustéd á que sea
igual y.....

ENRIQUE. Señora, crea
ustéd que hace tiempo ha sido.
Que ante unos ojos tan bellos,
mi corazon tan ardiente
es..... que..... que inmediatamente
sintió el pobre sus destellos.

BARONESA. Caballero, para broma (*Formal*).
basta ya con esa frase,
y que á más no se propase
deseo.

ENRIQUE. ¿A chanza lo toma?

BARONESA. Sí, señor, así lo entiendo.

ENRIQUE. (En un abrir y cerrar
de ojos, la voy á jurar
que por ella estoy muriendo).
Pues por probarlo, diré
ahora lo que padezco,
si que me oiga merezco.

BARONESA. Bien. (*Indiferente*).

ENRIQUE. Pronto concluiré.
(*Se sientan*).
Creo que hace un año ahora
que la ví á ustéd en la córte,
y desde entonces mi norte
fué el adorarla, señora.
A poco de dedicarme
á amarla, ustéd se marchó,
pero mi amor comprendió,
no quisiera equivocarme.
Ni siquiera una entrevista
hasta el dia hemos tenido,

todo entre los dos ha sido
esplicado por la vista.
Hoy, despues de haber andado
un año detrás de ustéd
implorando la mercéd
de ser..... nada más que amado,
torno á ver á ustéd aquí;
y ahora bien; ¿ merezco yo
de aquesos lábios un *no*,
ó soy más digno de un *si*?
Todo por seguirla ciego
y por amarla he dejado;
no me haga ustéd desgraciado,
señora, yo se lo ruego.
Yo he dejado mi país, (*Rapidéz*).
mis amigos, mis quehaceres,
el amor de otras mujeres,
¡ pues es un grano de anís!
ello, en fin, será un capricho,
pero triunfa mi elocuencia,
ó he de perder la existencia;
estoy á sus piés: he dicho.
(*Se arrodilla*).

BARONESA. ¡ Ja! ¡ Ja! ¡ Ja!

ENRIQUE. (¡ Pues está bueno,
se rie!)

BARONESA. Levante usté,
ahora le contestaré.
(Este muchacho es un trueno).
Cuando yo le ví en Madrid
tan amante..... como ahora,
me preparé sin demora
á entrar en abierta lid.
Sí; no le estrañe mi modo
de tomar esta cuestion;

hombres de su condicion
sacan partido de todo.
Ustéd vió en mí, — estoy segura —
una mujer que gastaba
dinero y humor, y estaba
ni en gran esfera, ni oscura.
Me vió ustéd en Francia luego
con el tren de una princesa,
y la transformacion esa
le dió que hacer, — no lo niego —
Pues bien; vista su intencion
de no perderme de vista,
por hacer una conquista
que le dé reputacion,
y resuene donde quiera
entre todos sus amigos
— pues siempre habria testigos—
su fama de calavera,
debo decirle, que nada
me hará en mi honra perder,
que ante todo soy mujer,
¡ pero mujer muy honrada!
Ustéd una..... entretenida
me ha creido, ¿no es verdad?
¡ Hay hoy dia tal maldad
y tanta mujer perdida!
Y como yo vivo sola,
y sola viajo y paseo,
y no hay diversion, recreo
ni baile, dó no esté Lola,
claro está, ¿quién he de ser?
Pues sepa ustéd que desde hoy
á la faz del mundo voy
quien soy á dar á entender;
pero nada, fué un capricho,

¿verdad, señor de Alarcon?
Pues sírvale de leccion;
beso á ustéd la mano; he dicho.
(*Se dirige á su cuarto*).

ENRIQUE. ¿Pero ni una esperanza?

BARONESA. Se alarga nuestra entrevista;
tal vez alguna bañista
pueda volver la bonanza
á ese pobre corazon
muerto por mí, ¡ja! ¡Ja! ¡Ja!

ENRIQUE. (Me burla; bien se me está).

BARONESA. Adios, señor de Alarcon.
Cuéntelo ustéd sin demora
á sus amigos ufano.

ENRIQUE. Es que..... (*Sério*).

BARONESA. (*Mirándole con desprecio*). Beso á V. la mano.

ENRIQUE. A los piés de ustéd, señora. (*Con respeto*).

ESCENA V.

Enrique.

¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Muy mal, muy mal,
¡lo que es por hoy me he lucido!
¡Vaya un lance divertido!
¡Mujer mas original!
Nada mi mente adivina
de ella; yo estoy asombrado,
¿pero á mí quién me ha mandado?...
¡Si lo supiera Cristina!
Vamos, si soy lo mas necio.....
por un triunfo tonto y loco
he sufrido hace muy poco
el mas solemne desprecio.

Y los otros ya estarán
concluyendo de comer.....
¡las siete ya! Voy á ver (*Mirando el reloj*).
Si acabaron; ¿qué dirán?

ESCENA VI.

Enrique, Antonio.

ANTONIO. ¿Enrique?
ENRIQUE. ¿Qué te se ofrece?
ANTONIO. Darte una noticia.
ENRIQUE. Al caso:
¿Es buena ó mala?
ANTONIO ¿No ves
que prisa y que acento traigo?
ENRIQUE. ¿Pues que es ello?
ANTONIO. ¡Friolera!
A fé que lo has acertado
con no bajar á comer.
ENRIQUE. Dí.
ANTONIO. Tu padre está allá abajo.
ENRIQUE. ¿Qué has dicho? (*Asustado*).
ANTONIO. Como lo oyes.
ENRIQUE. ¡Todo se lo llevó el diablo!
¡Él, que me cree en Madrid
cursando el último año
de leyes! ¿Pero estás cierto?
ANTONIO. Como que ha estado á mi lado
en la mesa; yo le ví
entrar, me apretó la mano,
me dijo si me escribias,
y me puse colorado
como la grana.

ENRIQUE. ¡Qué torpe!
ANTONIO. No sé mentir; te soy franco;
he nacido en una tierra,
donde no existe el engaño:
¿Aragonés y embustero?
No es posible.
ENRIQUE. Si, entre tanto....
pero aun no creo del todo.....
ANTONIO. Pues te vienes allá abajo,
y le verás muy tranquilo
tomando café y fumando.
Yo salí sin concluir
de comer por avisártelo:
¿con que quieres convencerte?
ENRIQUE. Ya tendré yo buen cuidado
en no bajar.
ANTONIO. ¿Pero cómo
vas hacer para engañarlo?
¿Qué le dices?
ENRIQUE. ¿Qué le digo?
«¡Vuelvo!» porque yo me largo.
ANTONIO. Que ¿te vas?
ENRIQUE. Pues claro está:
¿qué he de hacer, darle un mal rato?
ANTONIO. Dále una escusa cualquiera,
díle que ya ha terminado
el curso, y que te has venido
unos dias á estos baños
á ver si.....
ENRIQUE. ¿Pero no sabes
que he de recibir el grado
poco despues de finar
el curso, que acaba el sábado?
ANTONIO. En buen lio te has metido;
pero de otra cosa hablando,

¿por qué no has comido hoy
con nosotros?

ENRIQUE. ¡Me ha pasado
el lance mas divertido!
Figúrate tú que cuando
yo iba á salir, me encontré
con la viajera, que tanto
os ha dado que pensar.

ANTONIO. A mí no.

ENRIQUE. La he saludado,
me ha respondido muy fina,
y se me ha ocurrido un rato
de broma tener con ella,
y un gran amor la he pintado.

ANTONIO. ¿Y qué?

ENRIQUE. Que me ha dado una
leccion..... espantosa.

ANTONIO. Vamos,
¿y á eso llamas divertido?
Triste, debieras llamarlo.
¿A qué fin viene eso, dí?
¿no vas á tomar estado?
Y en tanto mi pobre hermana
esperándote allá abajo,
la culpa se tiene ella.....

ENRIQUE. ¿Por qué?

ANTONIO. Por quererte tanto.
Hace ocho dias pediste
á tu papá, que enterado
está de estas relaciones,
licencia para casaros,
y mientras viene el permiso,
del papá ó él á otorgarlo,
tú por no perder el tiempo.....

ENRIQUE. Pero hombre, si esto lo hago

tan solo por ver quien es,
y como se.....

ANTONIO. Con mil diablos,
¿Cuándo te quitas el vicio
de ser gacetilla andando?
yo tengo una prenda suya.

ENRIQUE. ¿Cómo, cómo?

ANTONIO. Es un hallazgo
que he tenido hace muy poco
cuando al comedor bajamos;
mira. (*Sacando un pañuelo*).

ENRIQUE. ¿Y cómo sabes tú
que es suyo?

ANTONIO. Porque unos cuantos
curiosos de aquí ya saben
como se llama.

ENRIQUE. Sepamos
ese nombre; dí.

ANTONIO. Dolores,
y aquí hay una d, y .... ¡canario!
esto no lo habia visto
yo todavía... .

ENRIQUE. Veamos;
una corona de conde.

ANTONIO. Si es de baron.....

ENRIQUE. Demasiado
sé yo que es de conde; en fin,
eso es igual para el caso.
Escúchame, Antonio.

ANTONIO. ¿Qué?

ENRIQUE. ¿Te parece que vayamos
á devolvérselo?

ANTONIO. Chico
no me atrevo yo á hacer tanto.

ENRIQUE. Entonces iré yo solo;

dáme.

ANTONIO. Toma; mas reparo
que vas tomando aficion.....

ENRIQUE. No hay tal; pero he hecho ánimo.....

ANTONIO. Y despues de lo ocurrido
te vas á presentar.....

ENRIQUE. Algo
hemos de saber.....

ANTONIO. (Me choca
ya tanto afán: ¿habrá palos?....)

ENRIQUE. ¿Tú estarás aquí?

ANTONIO. Si sales.....

ENRIQUE. Al momento.

ANTONIO. Pues te aguardo.

ENRIQUE. (¡Una condesa!) (*Entra en el cuarto*).

ESCENA VII.

Antonio.

Me pone
la tal mujer en cuidado.
Si supiera que á mi hermana
la esperaban malos ratos
por este loco, desde hoy
habiamos terminado.
Él ha visto á esa señora
en Madrid por un acaso;
segun dice, la vió en Francia
poco despues, y..... temblando
estoy, no tenga que hacer
con los dos un desacato.
Y la corona de conde.....
¡ay! esto se pone malo.

ESCENA VIII.

Antonio, Cristina, D. Leon, D. Cárlos.

(Cristina se adelanta, y tomando del brazo á Antonio, se lo lleva á un lado del proscenio. D. Leon y D. Cárlos quedan detrás hablando aparte, con mucho interés).

CRISTINA. Antonio, ven.
ANTONIO. ¿Qué te pasa?
¡Traes un color y un acento!
¿Estás enferma?
CRISTINA. Al momento
marchémonos de esta casa.
ANTONIO. ¿Qué sucede, hermana mia?
Habla.
CRISTINA. Nos han engañado.
ANTONIO. ¿Tal vez alguien te ha faltado
Cristina?
CRISTINA. ¡Mejor sería!
Oye: Enrique de Alarcon,
que iba á ser pronto mi esposo,
ama á otra.
ANTONIO. (¡Dios piadoso!
me lo daba el corazon).
CRISTINA. Tú recuerdas que hace rato
nos dijo que esa viajera
ni supo nunca quien era,
ni ha fomentado su trato.
Pues bien; hoy de sobre mesa
he oido á todo el mundo,
que Enrique un amor profundo
á esa incógnita profesa.

Su padre, el que iba á ser mio
de aquí á poco, lo ha escuchado,
y viene desesperado
á deshacer este lio.
Los que esa infamia sabian
procuraban ocultarlo,
pero á pesar de observarlo,
ví que de mí se reian.

(*D. Leon y D. Cárlos se aproximan*).

ANTONIO. Bien; señores, es preciso
poner los hechos en claro;
¿Quién ha tenido el descaro
de dar tan infame aviso?

D. LEON. ¿Quién? Preciso es que responda
mal que me pese; se afirma
en ello.....

ANTONIO. ¿Quién?

D. LEON. Quien confirma
lo dicho: toda la fonda.
Yo, que no sabia nada,
y á Enrique en Madrid creí,
hácia aquí me dirigí
á estar una temporada.
A poco que aquí llegué
lo oí contar sin rebozos:
¡lo saben hasta los mozos!

D. CARLOS. ¡Si es público! Yo lo sé
de oírselo á troche y moche
en los baños á un amigo,
que ha sido él mismo testigo
de cierta escena en un coche;
¡pues si es ya lo mas trillado!

ANTONIO. (Hoy lo he de matar; de fijo).

D. LEON. ¿Pero dónde está mi hijo?

ANTONIO. En ese cuarto encerrado

con ella.

D. CARLOS. ¿ Lo ven ustedes?....

D. LEON. Voy á hacer de él... (*Dirigiéndose al cuarto*).

CRISTINA. (*Deteniéndole*). No, ¡ por Dios!

D. CARLOS. ¡ Encerraditos los dos
ahí entre cuatro paredes!
Esto es trágico.

D. LEON. (*A Cristina que le detiene*). No; quiero
matarle así que le vea,
no en vano ultrajar se crea
mi nombre.

D. CARLOS. (Con esto esperò
hacerme algun lugar ya
al lado de la viudita).

ANTONIO. (¡Qué infamia!)

D. CARLOS. ¡Y ella es bonita!
(¿ Cómo sorprenderlos? ¡ Ah!)
Señores, todos aquí
prepararse, y ojo alerta:
voy á llamar á esa puerta,
y cuando salgan..... ¿ eh?

D. LEON. Sí;
que salga sin sospechar.....

CRISTINA. (¡Qué viejo mas miserable!)

ANTONIO. ¿ Y si acaso no es culpable?

CRISTINA. ¿Aun le querrás vindicar?

ANTONIO. Un momento de atencion.
Yo he encontrado un pañuelo
que perdido por el suelo
estaba, y sin intencion
de guardarlo, lo tomé;
ví allí las iniciales
de esa mujer, y con tales
señas, hasta aquí llegué.
Encuentro á Enrique; le ruego

no lo tome tan á pecho ;
pues se fué al cuarto derecho ,
diciéndome vuelvo luego.
Esto hace ya un rato , y yo
aguardándole he quedado ;
solo me tiene en cuidado
si aquí hay interés ó no.

CRISTINA. ¡ Pues ya no hay que dudar más !

D. CARLOS. Justo : fué muy bien urdido ,
el tal pañuelo habrá sido
una señal de.....

ANTONIO. ¡ Quizás !

D. LEON. Vamos , ¡ y aun me detengo !
Sepamos ya la verdad.

(*Se dirige otra vez al cuarto, y vuelve á detenerle Cristina en actitud suplicante*).

D. CARLOS. (¡ Ya se vá á armar !) (*Con júbilo*).

ANTONIO. (¡ Qué maldad !)

CRISTINA. (*A D. Leon*). ¡ Aguarde ustéd !

D. LEON. No me avengo
á escusas.

D. CARLOS. (¡ Y ahora llama !) (*Id.*)

ANTONIO. ¡ Qué trama mas infernal !

D. CARLOS. (¡ Qué escena para el final
del segundo acto de un drama !)

(*Se abre la puerta del cuarto de la Baronesa, y se retiran todos á un lado*).

(¡ Bravísimo ! Sin saberlo
me ayudan hoy á mi empresa).
Mírela ustéd. (*A D. Leon*).

D. LEON. ¿ Esa es ?

D. CARLOS. Esa.

(*Por la Baronesa que sale del brazo cuchicheando con Enrique: ninguno de los dos han visto á los demás*).

(Esto es llegar y cojerlo).

ESCENA IX.

Antonio, Cristina, D. Leon, D. Cárlos, la Baronesa, Enrique.

D. CARLOS. (*A D. Leon que quiere adelantarse*).
¡Eh! No es aun ocasion.....
aguarde ustéd.

ENRIQUE. (¡Qué divina!
casi olvido ya á Cristina
viendo tanta perfeccion).
¿Vamos al jardin, eh?

BARONESA. Sí.

(*Se vuelven y ven á los otros: D. Cárlos se adelanta y dice en tono de broma*).

D. CARLOS. Si le hace á ustéd falta un brazo.....

BARONESA. ¡¡Ah!! (¡Bien me han tendido un lazo
para burlarse de mí!)

D. CARLOS. (*Volviéndose á los demás, que se habrán aproc-simado*).
¿Ven ustedes cual se apoya?

(*Enrique suelta su brazo del de la Baronesa*).

ENRIQUE. (¡Mi padre!)

ANTONIO. (*Con cólera*). Enrique, cuidado
conmigo.

ENRIQUE. (*Idem*). ¿Qué?

D. LEON. (*Mirándole furioso*). ¡¡Desgraciado!!

D. CARLOS (*Separándose á un lado y restregándose las manos.*)
(Pues señor aquí fué Troya).

(*Al decir Enrique «mi padre» habrán acudido varios bañistas y viajeros: Cristina se habrá metido llorando en su cuarto, y la Baronesa cae en una silla cubriéndose el rostro. El telon cae rapidisimo cubriendo el cuadro*).

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

(La misma decoracion que el acto primero).

ESCENA PRIMERA.

La Baronesa, Juana.

JUANA. Vamos, señorita, el caso
no es para tanto, ¡por Dios!
no se apure ustéd.....

BARONESA. ¡Ay, Juana,
este golpe ha sido atroz,
nunca así burla me han hecho,
qué infames, qué infames son!

JUANA. Y yo, que andaba buscando
á ustéd en el comedor,
nada he sabido hasta ahora
de tan criminal complót.
¿Pero como fué?

BARONESA. Del modo
mas vil.....

JUANA. Cuente ustéd.

BARONESA. Ya voy.
Figúrate que hace poco

salí aquí con la intencion
— puesto que habian llamado —
de bajar al comedor,
cuando al mismo tiempo sale
de allí.....

JUANA. ¿Quién?

BARONESA. Ese Alarcon
que me has oido nombrar
mil veces.

JUANA. ¿Aquel señor
que hace ya tiempo en Madrid
al pasar bajo el balcon
hacia guiños y señas?
Vaya un.....

BARONESA. Pues; me saludó,
contesté, y como hace tiempo
quiero darle una leccion,
me senté, le dejé hablar,
y al momento principió
á pintarme á lo tronera
un desatinado amor;
y así que le hube escuchado,
le dí tan gran sofocon,
que avergonzado y corrido
el pobrecillo quedó.

JUANA. Muy bien hecho; así verá
con quien trata.

BARONESA. Lo peor
fué despues; al poco rato
ante mí se presentó,
y entonces no pude menos
de concederle el perdon;
pues supo tan bien fingir
su vergüenza allí, que no
supe negarme; item mas

que vino á hacerme un favor.

JUANA. ¿Cómo?

BARONESA. Vino á devolverme
— con eso motivo entró —
un pañuelo que perdí
sin duda por el salon.
Quedamos ya tan amigos,
y su brazo me ofreció
para bajar al jardin;
pero con tal atencion
que lo acepté confiada
en su palabra de honor.
Lo que sucedió despues
ya te lo he dicho.

JUANA. Y por Dios
que ha sido terrible; ¡todos
esperando aquí! Si yo
llego á estar, no sé que hago;
ha sido una cosa atróz.

BARONESA. Me he de vengar, se lo juro.
¡Miserables! ¿Tengo yo
la culpa de que mi esposo
tenga en Francia ocupacion,
para que todos se fijen
en mi vida, en mi?.... ¡oh!
El lance ha sido terrible,
y el resultado, por Dios,
que ha de ser trágico, Juana,
si tú me ayudas.

JUANA. ¡Pues no!
Señorita, hace seis años
que al lado de ustéd estoy,
y no la he desamparado
un momento en su dolor.

BARONESA. ¿Tú conocerás á todos

los que han fraguado el complót?

JUANA. No hay una sola persona
que habite en el parador
sin que sepa yo quien es;
buena soy yo para no
saber la vida y milagros
de todo el mundo.

BARONESA. Un señor
viejo, enjuto, cari-alegre,
con el rostro muy simplon.....

JUANA. No diga ustéd más; Don Cárlos
el hombre mas hablador
y mas sátrapa del mundo;
natural de Vinaróz.

BARONESA. Pues ese tambien estaba,
y fué el que mas me burló,
y en el jardin me seguia
haciéndose el trovador... (*Riendo*).

JUANA. Capáz de saber la vida
de toda una poblacion.

BARONESA. Bien; y otro tambien viejo.....

JUANA. ¡Ah! ya lo sé; el que llegó
hace tres horas; me han dicho
que es el padre del traidor
que se ha burlado de ustéd.

BARONESA. ¿De Alarcon?

JUANA. Pues; de Alarcon.

BARONESA. Ah, por eso le ha reñido
de aquel modo tan atróz.....
y otro muchacho que habia
de rostro muy bonachon.

JUANA. ¿Alto, con bigote negro?
Ese si que es un señor
de prendas, lo mas honrado
y lo mas.....

BARONESA. ¿Es de Aragon?
JUANA. Si señora; aragonés.
Qué franco, qué decidor.....
Él, sí, tiene algo de brusco,
pero en cambio un corazon
como el suyo no le hay
cien leguas alrededor.
Es hermano de una jóven
bella en estremo, y los dos
han venido á reunirse
aquí, porque ya la union
de Don Enrique con ella
era cosa hecha.
BARONESA. ¡Gran Dios!
Dices que Enrique se casa
con la hermana de..... ocasion
es esta, que ha de servirme
para recobrar mi honor,
y hacer variar de conducta
á ese jóven temerón.
JUANA. Por eso ha venido el padre;
de aquí á una semana ó dos
van á Zaragoza.....
BARONESA. Pero
tú cómo sabes....
JUANA. ¿Quién, yo?
Me apuesto con el primero
á quien conozca mejor
la vida de todo el mundo
en cualquier parte que estoy.
Si estuviéramos dos meses
en aquesta poblacion,
sabria ustéd, señorita,
desde su corregidor
hasta el último aldeano

cómo se llaman, quién son,
los años que tienen todos,
si son casados ó no,
dónde viven, de qué comen,
su empleo ú ocupacion,
y..... todo lo que pasára
¡ pues buen génio tengo yo!

BARONESA. (¡ Todos están atacados
del mismo mal! ¡ Qué furor!)
Mas mira si alguno sube,
me pareció oir el son.....

JUANA. (*Vá á la puerta y mira dentro*).
Señora, el aragonés;
¡ qué cara trae, qué color!

BARONESA. Véte, y no te alejes mucho
por si eres precisa.

JUANA. Voy. (*Se vá*).

ESCENA II.

La Baronesa.

Me han ultrajado, y es fuerza
pagar baldon con baldon,
sola y débil, necesito
poner á prueba el valor;
ea, pues, aquí te quiero,
se principia la funcion.

ESCENA III.

La Baronesa, Antonio.

ANTONIO. (*Desde la puerta*) (Aquí está; ahora veré
como apoya sus razones;

fuera ya vacilaciones).
Señora, á los piés de usté.
(*Adelantándose y muy bruscamente*).

BARONESA. Beso á ustéd.....

ANTONIO. Gracias; permita
ustéd que cierre las puertas,
(*Cierra la del frente y la del cuarto de Enrique*).
no nos oiga estando abiertas
el que no lo necesita.

BARONESA. No comprendo.....

ANTONIO. Pues yo sí;
que si á este sitio he venido
absolutamente ha sido
por hablar á ustéd aquí.
(*Se sienta*).

BARONESA. Bien; ustéd dirá el objeto
que le trae.

ANTONIO. A eso voy.

BARONESA. Mas sin olvidar quien soy,
y que me debe respeto.

ANTONIO. Es escusado el encargo,
que por Dios me estraña ahora;
siempre que hablo á una..... señora,
de su estado me hago cargo.

BARONESA. Pues..... al grano.
(*Pausa*).

ANTONIO. ¿Ustéd quién es? (*Bruscamente*).

BARONESA. ¿Caballero, esa pregunta
con qué objeto vá?

ANTONIO. Vá junta
con la que viene despues.
¿Señora, ustéd tiene nombre?

BARONESA. Señor mio, ese descaro.....

ANTONIO. No sé que tenga de raro
para que tanto le asombre.

Hay tantas que no le tienen,
ó que lo llevan fingido,
y nadie sabe qué han sido
ni ménos de donde vienen,
que hay que andarse con cuidado
en esto de nombres.

BARONESA. Cierto;
pero á mi pesar advierto.....

ANTONIO. ¿Qué?

BARONESA. Que ustéd se ha equivocado

ANTONIO. ¿Sí? Pues antes de pasar
en mi pregunta adelante,
voy — es cuestion de un instant
una historieta á contar.
En un pueblo de Aragon
se hallaban, no importa cuándo
dos amantes esperando
el momento de su union.
Llegó al pueblo una mujer
que nadie supo quién era,
y por rica y hechicera
allí se dió á conocer.
Se ignora cómo logró
llevar su plan adelante,
pero el caso es, que al amante
con maña hácia sí llevó.
El jóven, que preferido
se vió por la tal belleza,
perdida ya la cabeza
á su novia dió al olvido.
Y cuando llegado el plazo
vino el padre el casamiento
á efectuar, fué en el momento
en que iban los dos..... del braz
La novia, que vió asombrada

la conducta de su amante,
desesperada, al instante
se marchó en llanto anegada.
El amante infiel, corrido
se quedó y avergonzado,
á esto ya habian llegado
varias personas al ruido.
El ridículo cundió
por todo el pueblo al momento,
y el padre un gran escarmiento
hacer en su hijo juró.
Mas hé aquí que la muchacha,
víctima del inhumano
complót, tenia un hermano,
que era hombre honrado y sin tacha,
y viendo tal villanía
al engañador buscó,
y entre los dos se arregló
batirse al siguiente dia.
Ahora bien; de qué me esplique
es ya hora, ¿no es así?
Pues el jóven está aquí,
y ese jóven es Enrique.
La niña á quien engañó,
Cristina; el padre irritado,
D. Leon, que hoy ha llegado,
y el honrado hermano, yo.
Y la mujer, que merced
á su hermosura, se vale
de ella porque se la iguale
á mi honrada hermana, ustéd.
Mañana, se lo prevengo,
voy tal vez á perecer,
pero antes quiero saber
quien es ustéd, y á eso vengo. (*Pausa*).

BARONESA. ¿Y era para eso el misterio
de cerrar todas las puertas?
Pudieron quedar abiertas,
que no era el caso tan sério.
Permítame ustéd, señor
don..... ¿cómo?

ANTONIO. Antonio.

BARONESA. Pues bien,
D. Antonio, á mí tambien
me toca hablar, en rigor.
Aunque nunca esplicaciones
inútiles suelo dar,
vóyle al punto á contestar.
y con mejores razones.
Soy rica en estremo y viuda,
bella, ya lo está usted viendo,
jóven, se lo está diciendo
mi rostro, sin dejar duda.
Sola, con una doncella,
sin que una pena me aflija
en ninguna ciudad fija,
viajo por gusto con ella.
Do quier que voy..... á millones
me adoran niños y viejos;
los unos me dan consejos,
los otros..... sus corazones.
Enrique, que aficionado
es á tipos como yo,
varias veces me siguió
de mí asáz enamorado.
Le amé, viendo su deseo
á poco, se fué de mí;
torno á encontrarle aquí,
le vuelvo á amar, y *laus Deo*.

ANTONIO. ¿Es decir que ustéd confiesa

su cinismo?

BARONESA. (Me ha creido).

ANTONIO. ¿Con que no en vano he oido
que es ustéd.....

BARONESA. ¡Bah, buena es esa!
¿Y por qué lo he de ocultar?
Que Enrique está enamorado
de mí, ya lo han divulgado
todos hoy por el lugar.

ANTONIO. ¿Pero Enrique la ama á usté?

BARONESA. Ciegamente.

ANTONIO. ¿Y desde cuándo?

BARONESA. Desde que yo aquí llegando
el roto amor reanudé.

ANTONIO. Y vé ustéd que vá á batirse
conmigo, y nada le altera
por.....

BARONESA. Usté hará lo que quiera,
pero debe decidirse
á no cruzar una espada
con él, pues tengo tal fé
en su destreza, que sé
ahora mismo quien.....

ANTONIO. ¿Qué?

BARONESA. Nada.
Puede ustéd ir sin cuidado,
mas diga ustéd á su hermana
que puede estar muy ufana,
y que el no haberse casado
debe servirla de gusto,
pues siempre la preferida
yo hubiera sido, y su vida
fuera un contínuo disgusto.

ANTONIO. Bien; ahora ya enterado
estoy de quien ustéd;

mujer que vive á merced
de algun bobo enamorado,
mujer que, cual otras mil,
de la sociedad baldon,
negocia su corazon
con el cinismo mas vil,
mujer, que ante la desgracia
de una familia, se rie,
y con orgullo se engrie
porque triunfa su falacia,
mujer, en fin, que venida
del infierno tal vez hoy
vé tranquila como voy
á quitarme audáz la vida
con el que llama su amante,
con el que no la conoce,
y con el que reconoce
su falta, de mí delante.
(*Lo dice por Enrique, que sale de su cuarto y queda en pié en actitud sumisa*).
Adios, Enrique, ahí te dejo
á solas con tu..... querida.
(*Aparece D. Cárlos por el frente*).
(Bravísimo por mi vida
solo faltaba este viejo).
Señor D. Cárlos, alerta,
y no perder la ocasion,
que ante tanta perfeccion
tiene ustéd franca la puerta.
La cuestion está en flecharla,
es conquista como hay pocas.

BARONESA. (¡Pobrecillo, te equivocas!)

ANTONIO. (¡Yo he de lograr humillarla!) (*Váse*).

ESCENA IV.

La Baronesa, Enrique, D. Cárlos.

D. Carlos. ¿Pero qué esto, Señor?
Enrique. (Antonio con ella hablaba.....)
Baronesa. (Todos están aturdidos,
continuemos esta farsa).
Señores, tomad asiento.
Enrique. Antes que nos esplicára
quisiera, qué significan
del que salió las palabras.
D. Carlos. Justo; ¿qué motivo tuvo
para insultar á una dama?....
Baronesa. Don Cárlos, usté es tan fino,
y tan amable, y tan.....
D. Carlos. Gracias.
(¡Cómo me adula! No hay duda
está de mí enamorada).
Baronesa. Pues bien; si me permitiera
que unos momentos hablára
á solas con.....
D. Carlos. Ah, sí, sí,
con mucho gusto. (¡Taimada!)
Baronesa. Puede ustéd entrar ahí
á mi cuarto.....
D. Carlos. Sin tardanza;
(¡Me invita á entrar á su cuarto!
¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! La cosa es clara).

ESCENA V.

La Baronesa, Enrique.

Enrique. Antes de empezar á hablar,

déjeme ustéd dos palabras
decir solamente, y luego
dirá ustéd cuanto le plazca.

BARONESA. Sea pues.

ENRIQUE. Hace dos horas
que se ha armado aquí una zambra
sin ningun motivo; yo
soy inocente, ya nada
puede hacerme vindicar
ante los que en esta sala
han presenciado la escena
de mi triste suerte causa.
Mi padre ha tomado hoy
dos asientos en la mala,
y mañana por la tarde
nos dirigimos á casa,
á no suceder que Antonio
me mate por la mañana.
Cristina y él, si es que sale
ileso, tambien se marchan
á Zaragoza llevando
los dos desgarrada el alma.
Quedan por supuesto nulos
los contratos que ya estaban
próximos á hacerse, y todo
reconoce á ustéd por causa
de tantos disgustos como
desde hace muy poco pasan.

BARONESA. ¿Ha concluido ustéd ya
señor de Alarcon?

ENRIQUE. Aun falta
un poco; todo lo dicho
lo ha motivado la entrada
mia en su cuarto de ustéd,
y el salir á acompañarla.

En la fonda no se dice
otra cosa, que una dama
—que es ustéd—aquí ha venido
trayendo ideas *non sanctas*.
Yo estoy muy lejos, señora,
de amar á ustéd, ni obsequirla,
lo que le dije al principio
de verla, fué solo farsa
para averiguar quien era,
pues mi casamiento estaba
ya dispuesto, y por lo tanto
no cabia la bigamia.
Pero ahora que ya todo
su presencia desbarata,
quiero, señora, me diga
quién es y cómo se llama,
y haga saber en los baños
que yo no he faltado en nada
ni á mi novia ni á mi padre
ni á ninguno de mi casa.

BARONESA. Bien: ¿Ustéd ama á Cristina?

ENRIQUE. La amo con toda mi alma.

BARONESA. Pues por eso únicamente
se libra ustéd de la trama
que pensaba haberle urdido,
que los demás no se salvan.

ENRIQUE. ¿Y por qué soy yo culpable?

BARONESA. ¿Por qué? La pregunta es rara.
¿Con que ustéd entra á buscarme
fingiendo, y luego me saca
á este salon, donde todos
para burlarme esperaban
y no es ustéd el culpable?

ENRIQUE. Le doy á ustéd mi palabra
de honor, de que no he sabido

si alguno fuera esperaba,
y en prueba de ello que ví
á mi padre, cuya estancia
aquí no es aun de cuatro horas,
y yo no supe que estaba.

BARONESA. Pero ellos me tendieron
un lazo, ¿no es verdad?

ENRIQUE. Nada
puedo asegurar; ignoro
con qué objeto aquí esperaban.

BARONESA. Pues Enrique, yo tambien
le doy á ustéd mi palabra
de que soy tan inocente
de las injurias que lanzan
contra mí, como es ustéd
inocente de la fama
que le han puesto todos hoy.
Soy una mujer honrada,
se lo dije á ustéd yá cuando
un falso amor me juraba.

ENRIQUE. Pues si así es, no comprendo
cómo permite inhumana
el dolor de aquella jóven,
y el duelo que sin tardanza
voy á efectuar con Antonio.

BARONESA. No tendrá lugar mañana.
Ustéd vá á ayudarme.

ENRIQUE. Pero.....

BARONESA. Quiero á toda esa canalla,
que sin saber quien soy yo,
en mí se fija, y me trata
como á una mujer infame,
quiero, repito, enseñarla
á no cuidarse de más
de lo que pasa en su casa.

Haciéndolo así, el contrato
vuelve á firmarse mañana,
y dejando el desafío,
la paz unirá dos almas.
Ahora le he dicho á Antonio
que ustéd me adora, y que trata
de no ser infiel á.....

ENRIQUE. ¡Cómo!

BARONESA. No tema ustéd, soy casada.

ENRIQUE. (¡Cielos! ya voy comprendiendo
la verdad de aquesta trama).

BARONESA Por de pronto es necesario
que ustéd sea hoy una estátua,
y á todo lo que yo le diga
conceda y calle; las falsas
noticias de mi persona
se sabrán muy á las claras.

ENRIQUE. (¡Qué mujer mas decidida!
No sé lo que vá á hacer).

BARONESA. ¿Juana?

ESCENA VI.

La Baronesa, Enrique, Juana.

BARONESA. (*A Juana*). En mi cuarto está D. Cárlos,
le advertirás cuando salga,
con muchísimo misterio,
que esta noche no haga falta
en mi cuarto, así que suenen
las diez: que dé tres palmadas,
y suba por el balcon,
siempre que gente no haya
en el jardin paseando.

JUANA. Pero señorita.....

BARONESA. Nada,
házlo así; ¿ya no te acuerdas
de que te hablé de la trama
que pienso armarles á todos?

JUANA. ¡Ah, sí, pobre de él!

BARONESA. Te marchas
despues de ver á D. Cárlos
á los baños, y te amañas
para que todos hoy sepan,
por supuesto es una farsa,
que tu señorita dentro
de pocos dias se casa
con Enrique de Alarcon.

ENRIQUE. ¡Señora, pues no faltaba
otra cosa!....

BARONESA. ¿No le he dicho
que ha de ser ustéd estátua?
Déme ustéd el brazo; vamos
al jardin juntos, y haga
ustéd ver que está perdido
por mí; lo que he dicho, Juana.

ENRIQUE. (*Ofreciéndole el brazo*).
(Que me emplumen si comprendo
tal enredo y tanta farsa).

ESCENA VII.

Juana, despues D. Cárlos.

JUANA. Mi señorita lo entiende;
hace muy bien en burlarlos;
pero ya sale D. Cárlos,
vamos á ver si pretende.....

D. CARLOS. ¡Pues me gusta, se ha marchado!
(*Mirando alrededor de sí*).
No cabe duda, se ha ido,
¡vaya un lance divertido!
¿Es decir que me ha burlado?

JUANA. Señor D. Cárlos.....

D. CARLOS. ¿Quién es?

JUANA. Yo que voy con su permiso
á darle á ustéd un aviso
de muchísimo interés.

D. CARLOS. ¡Oiga! ¿Y de quién es el tal
aviso?

JUANA. De mi señora,
que hace tiempo que le adora
con un amor..... celestial.

D. CARLOS. Diga ustéd, diga ustéd pronto.

JUANA. Es la que hoy.....

D. CARLOS. ¡Sin rebozo!
(¡Lo que es ser uno buen mozo!
Diga ustéd luego.

JUANA. (¡Qué tonto!)
Pues bien; es mi señorita,
la que hoy ha sido burlada
por ustedes, y ultrajada.

D. CARLOS. ¿La que en este cuarto habita?
¡Oh felicidad! ¡Me adora!
¿Y qué órden es.....

JUANA. Que en sonando
las diez, esté usté escalando
el balcon de mi señora;
tres palmadas la señal
será.....

D. CARLOS. De que ella está ahí,
para subir luego.....

JUANA. Sí,

á coloquio celestial.

D. CARLOS. ¡Bravísimo! ¡Si tenia
que suceder sin remedio!
Y los otros..... me dan tédio.
¡Qué gran fortuna la mia!

ESCENA VIII.

Dichos, Cristina.

CRISTINA. ¡Ah! ¡Caballero, por Dios!
¡Qué infame, qué infame lio!
Tan solo en ustéd confío.....

D. CARLOS. (Caramba, pues ya son dos).
Pero que.....

CRISTINA. Mi hermano Antonio
y Enrique van á batirse
mañana, y antes de irse
es preciso que.....

D. CARLOS. (¡Demonio!)

CRISTINA. Es necesario que ustéd
me acompañe en el instante.....

D. CARLOS. (Voy á tomar el montante.....)

CRISTINA. Solo pido esa merced.....

D. CARLOS. Señorita, esos recelos
son infundados, el plazo
no es tan.....

CRISTINA. Déme ustéd el brazo.....

D. CARLOS. (Y la otra tendrá celos).
(¡Bah! ¡Bah! me voy). No es posible...
yo aqui ni éntro ni salgo.

CRISTINA. Pero haga ustéd por mí algo,
yo se lo ruego.....

D. CARLOS. ¡Imposible!

(No me pescas; me resuelvo
á irme con la otra).

CRISTINA ¡Nada!
Todos se van, desgraciada.....
por piedad, D. Cárlos.....

D. CARLOS. ¡Vuelvo! (*Se vá*).

ESCENA IX.

Cristina, Juana.

CRISTINA. ¡Ah! Nadie se compadece
de mi estado; ¿á quién acudo?
De todos, de todos dudo.....

JUANA. (Casi compasion merece).

CRISTINA. ¡Ah! Ustéd, mi hermano mañana
vá á perecer en un duelo,
y es preciso.....

JUANA. ¿Y qué consuelo
he de darle yo á su hermana?
Tengo quehacer, y se pasa
el tiempo; tengo que andar
mucho; voy á noticiar
que mi señora se casa.....

CRISTINA. Se casa, ¿y con quién? (*Con mucho interés*).

JUANA. Perdon,
señorita, si la hiero.

CRISTINA. ¿Con quién?...

JUANA. Con el caballero
don Enrique de Alarcon.

CRISTINA. ¡Mentira, mentira infame!
¡¡Dios mio, qué desengaño!!

JUANA. (Lo siento; la he hecho daño;
será preciso que llame.....)
(*Se dirige á la puerta*).

ESCENA X.

Cristina, Juana, Antonio.

(Juana se queda en la puerta observando hasta el antepenúltimo verso de la escena)

ANTONIO. (Creí oir.....) Hermana mia,
¿qué es esto, qué te ha pasado?

CRISTINA. Que en vano necia he amado
al que su amor me fingia.

ANTONIO. Pero..... ¿estás mala?

CRISTINA. No sé.

ANTONIO. Habla.

CRISTINA. ¡¡Se casa con ella!!...

ANTONIO. ¿Quién?

CRISTINA. ¡Enrique con la bella
incógnita!....

ANTONIO. (*Indignado*). ¿Cómo? ¡Qué!....

CRISTINA. Sí; su doncella vá ahora,
segun dijo hace un segundo,
á decir á todo el mundo
que se casa su señora
con él.

ANTONIO. (*Fuera de si*). No viviendo yo
tal burla consentiré.....
¡¡á los dos los mataré!!

CRISTINA. ¡No, por Dios, á Enrique no!

(Antonio se dirige á la puerta para salir, y Cristina le sigue supticante).

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuarto de la Baronesa; á la izquierda del espectador, balcon. Puerta de entrada al frente y otra al lado opuesto del balcon. Al levantarse el telon la BARONESA y ENRIQUE entran en la habitacion seguidos de JUANA, que trae luces.

ESCENA PRIMERA.

La Baronesa, Enrique, Juana.

BARONESA. (*A Juana*). ¿Hiciste lo que te dije?
JUANA. Sí, señora, ya está todo
arreglado, y me he compuesto
de tal manera, que el tonto
apenas suenen las diez
estará subiendo: ¡ah, bobo!
BARONESA. ¿Y á los bañistas digiste?....
JUANA. Sí, señora, que muy pronto
iba ustéd su casamiento
á verificar, y á poco
hay un disgusto en la fonda.
¡Qué de lágrimas!
BARONESA. ¿Pues cómo?
JUANA. La novia de D. Enrique
entró, porque D. Antonio,

segun dice, vá á batirse
con el que iba á ser su esposo,
y yo le dí la noticia
como quien no quiere; el otro,
es decir, su hermano, llega,
vé de su hermanita el dolo,
y juró matar.....

BARONESA. ¿A quién?

JUANA. A Enrique y á ustéd; á poco
me fuí á los baños; allí
don Leon, con ceño torvo,
preguntaba por su hijo
á un bañista; yo le oigo,
y acercándome, le digo
así en alta voz á un mozo:
— ¿Sabes que mi señorita
se casa dentro de poco?
— ¿Y con quién?
— Con D. Enrique
de Alarcon; su padre el rostro
vuelve, y prorumpe en injurias
mas por lo bajo; y yo tomo
la escalera arriba, ya
confusos dejando á todos.

BARONESA. Bien; retírate y avisa
si vienen. (*Váse Juana*).

ESCENA II.

La Baronesa, Enrique.

ENRIQUE. ¿Pero qué embrollo
es este, señora mia?
Ustéd me lleva cual otro

edecan, siempre á su lado
por motivos que aun ignoro.
Hace ya bastante rato
que papá estará furioso,
porque no voy á su lado.
Luego el irritado Antonio
querrá verme antes del duelo
y ella.....

BARONESA. Se vá á arreglar todo
dentro de pocos minutos;
su papá de ustéd muy pronto
vá á estar aquí.

ENRIQUE. ¿Quién, mi padre?
¡Vuelvo!

BARONESA. No sea ustéd loco.

ENRIQUE. ¿Hay balcon para saltar
con facilidad? ¡Demonio,
sería buen escarmiento
darle un disgusto tras otro!

BARONESA. Entonces se ha concluido
la cuestion de que aquí todos
queden ustedes en paz.

ENRIQUE. Pero.....

BARONESA. Váyase ustéd.

ENRIQUE. ¿Cómo?

BARONESA. Mañana se bate ustéd;
se vá ustéd luego, si el otro
no le mata, y su futura
puede buscar otro novio.

ENRIQUE. (¡Caramba, y tiene razon!)
Entonces.....

BARONESA. Yo le respondo
de cuanto pase; este cuarto
es mas grande que los otros
y tiene dos salas; esa

puede ocultarle, y supongo
que será ustéd mudo, ¿eh?

ENRIQUE. Ah, sí, seré mudo y..... sordo.

ESCENA III.

La Baronesa, Enrique, Juana.

JUANA. Señora, aquí hay una jóven
que desea entrar.

BARONESA. ¿Quién?

ENRIQUE. ¿Cómo?

JUANA. La señorita Cristina
de.....

ENRIQUE. (Pues faltaba esto solo).

BARONESA. (¡Ah!) Que pase al punto; Enrique,
por última vez le imploro
que me diga la verdad;
voy á dejarle á ustéd solo;
¿ustéd la quiere de veras?

ENRIQUE. Le he dicho á ustéd que la adoro.

BARONESA. Pues hágaselo ustéd ver
como nunca, mientras corro
á.....

ENRIQUE. Pero es que.....

BARONESA. Nada, nada,
lo dicho; hoy se arregla todo.
(*Se entra en el cuarto de la derecha*).

ESCENA IV.

Enrique, Cristina.

CRISTINA. ¿Dónde está la..... caballero..... (*Saluda*).
(¡Él aquí!)

ENRIQUE. ¡Cristina mia!....
CRISTINA. ¿Cómo? ¿Dura todavía
la burla? (¡Y aun le quiero!)
(*La Baronesa cruza la escena sin ser vista, y se marcha por la puerta del frente*).
ENRIQUE. Siéntate; nunca mejor
que ahora se ha de aclarar
este enredo.
CRISTINA. Fuera hablar
poner las cosas peor.
No espere ustéd que mi lábio
pronuncie una sola frase,
á no ser que se propase
ustéd á algun nuevo agravio.
ENRIQUE. ¿Pero á qué viene el encono
y el tratamiento de ustéd?
CRISTINA. Hágame ustéd la mercéd
de no hablarme; le perdono
tanto mal como me ha hecho,
le perdono el desengaño
que ha causado tanto daño
en mi lacerado pecho.
ENRIQUE. Cristina, escucha un momento,
yo te lo esplicaré todo,
óyeme.
CRISTINA. De ningun modo
esplicaciones consiento.
ENRIQUE. Todo lo que hayas oido,
todo lo que han murmurado,
es falso; te han engañado,
solo una mentira ha sido.
CRISTINA. (¿Será cierto?) Pues yo exijo
una prueba, pero al punto.
ENRIQUE Hay que tomar el asunto.....
CRISTINA. ¿Y lo prueba ustéd?

ENRIQUE. De fijo.
CRISTINA. Pues..... sea.
ENRIQUE. Cuando hace rato
me visteis salir de aquí,
los que esperaban allí
me tacharon de insensato.
Por salir á acompañar
á esa mujer, ¿he podido
faltar? Vuestro encono ha sido
un encono singular.
Con justo motivo entré,
si se examina; un pañuelo
que encontró Antonio en el suelo
me dió ahí fuera, y lo tomé
para volverlo á Dolores;
la hice un rato de visita,
y aquí empieza la maldita
causa de tus sinsabores.
Iba ella á salir, y yo,
que tan amable la vi,
galante el brazo la di,
pero enamorado no.
Salgo, y todos esperando
estábais con mi papá,
que recien llegado acá,
por mí estaba preguntando;
pues no sé quien, tras decirle
que me vino antes con antes
de Madrid, muy infamantes
historias dió en referirle.
Me veis, é inmediatamente
tú te retiras; tu hermano
me insulta como á un villano,
y papá idénticamente.
No hay motivo para tal,

Cristina, yo te lo juro,
aun no hay ninguno seguro
de que yo he obrado mal.

CRISTINA. ¿Y despues cómo has estado
sin presentarte ni á mí
ni á tu papá?

ENRIQUE. Estuve aquí
en este cuarto..... ocupado.

CRISTINA. Y éste es el cuarto de ella.....
y todo esto viene bien
con lo que asegura.....

ENRIQUE. ¿Quién?

CRISTINA. Quien de tí no se querella.

ENRIQUE. ¿Pero qué te han dicho?

CRISTINA. ¿No sabes
lo que han dicho? Ya lo veo;
¡yo tampoco, Enrique, creo
que tan mal tu accion acabes!
Óyeme; en una mujer
está mal asegurar
lo que ahora voy á esplicar
sin llegarlo á comprender.
Enrique, yo, casta y pura,
y sin conocer el mundo,
te guardé un amor profundo,
cifrando en él mi ventura.
Y aunque mi belleza es poca,
dulces dias de reposo
me auguraba con mi esposo,
y esto me tenia loca.
¡Mas cuando próximo estaba
nuestro enlace, fuiste infiel
á mi corazon, y él
tal conducta no esperaba!
Una mujer mas hermosa

que yo te logró arrastrar,
y yo no puedo olvidar
mi esperanza venturosa.
Hoy vengo aquí para ver
de modo que esa señora,
tan hermosa y seductora
no haga lo que piensa hacer;
porque hoy he llegado á oir
que tú con ella te casas,
pues que yá en su amor te abrasas,
¡¡ y yo..... me voy á morir !!

ENRIQUE. Cristina, óyeme, ten calma,
no es cierto, yo no podia
pensar en tal villanía;
¡ si eres tú toda mi alma!

(Al primero de los cuatro anteriores versos se abre la puerta del frente, y aparece la Baronesa acompañada de D. Leon y Antonio, quedándose los tres en el dintel escuchando).

Son voces que ella ha esparcido
para arreglar todo hoy.

CRISTINA. Entonces, ahora voy
á publicar que ha mentido.

ENRIQUE. No, que todo esto lo ha dicho
para recobrar su honor.

CRISTINA. ¿ Y por qué lo perdió?

ENRIQUE. Por
mi necio y loco capricho.
Cuando salimos del brazo
ahí fuera, se figuró
que todos los que allí vió
la habian tendido un lazo.

CRISTINA. ¡ Un lazo ! Como si fuera.....

ENRIQUE. Es una mujer honrada.

CRISTINA. ¿ Pues por qué dicen.....

ENRIQUE. Por nada,
ni la conocen siquiera.
CRISTINA. ¿Pues quién ha dado la voz
de que es.....
ENRIQUE. La maledicencia
pública.
D. LEON. (*Desde la puerta*). (Ya no hay paciencia).
(*Quiere adelantarse, y la Baronesa le detiene*).
CRISTINA. ¡Sería una cosa atróz!
Mas..... ¿la prueba?
ENRIQUE. ¿De este modo
aun no te convences?
CRISTINA. No.
BARONESA. (*Adelantándose*). Pues daré la prueba yo,
y quedará en claro todo.

ESCENA V.

Cristina, Enrique, la Baronesa, D. Leon, Antonio.

ENRIQUE. (¡Mi padre!)
CRISTINA. (¡Antonio!)
BARONESA. Ya es hora
de que cumplidos se vean
mis deseos.
D. LEON. (¡Ah! mi hijo
no es culpable).
ANTONIO. (No, pues ésta
si piensa que así concluye,
se equivoca).
BARONESA. La asamblea
vá á reunirse, señores,
sentarse, y que se den cuentas.
ANTONIO. Sí, que se den y se ajusten,

basta ya para novela.

(*Se sientan*).

BARONESA. Podemos ya discutir,
¿no es verdad?

ENRIQUE. En toda regla.

ANTONIO. Puede tomar la palabra
nuestra digna presidenta.

BARONESA. Señores, ustedes todos
al punto que mi presencia
en esta fonda supieron,
me miraron con cautela,
y se fijaron en mí
cual.....

ANTONIO. Como el lobo en su presa.

BARONESA. Precisamente: unos cuantos,
ignoro aun quienes fueran,
dijeron si yo era viuda
del.....

ANTONIO. Del tamborlan de Persia.
Adelante.

BARONESA. Don Antonio,
no es aun ocasion esta
de bromas

ANTONIO. Dispense ustéd,
no fué mi ánimo ofenderla.

BARONESA. Estas voces al momento
las supe por mi doncella,
y pensaba haberme dado
á conocer; pero en estas
sucedió el lance que á todos
nos hirió de tal manera.
El señor, que es uno de esos (*Por Enrique.*
que de troneras las echan,
y que cuentan sus conquistas,
no por docenas, por gruesas,

me encontró en esa antesala,
y de buenas á primeras
me hizo una declaracion
tan falsa como frenética.
Yo, que conocí al momento
la farsa, le dí una buena
leccion, con la cual quedó
dispuesto á hacer penitencia.
¿No es asi? (*A Enrique*).

ENRIQUE. Sí, lo confieso.

BARONESA. A poco, penetró en esta
habitacion so pretesto
de volverme cierta prenda.....

ANTONIO. Un pañuelo que yo dí;
¿No es esa la prenda?

BARONESA. Esa.
Estuvo aquí muy atento,
eso sí, mas su presencia
fué causada porque ustedes,
que de ninguno bien piensan,
estaban fuera esperando
para jugarme la treta
de reir hoy á mi costa
y saber mi procedencia.

D. LEON. No hubo tal.....

ANTONIO. (Ya te he cogido;
¡yo te he de ajustar las cuentas!)

BARONESA. Inocente del suceso,
me apoyé ¡nunca lo hiciera!
en el brazo que el señor
me ofreció; salimos, y esta
fué la ocasion de que ustéd (*A D. Leon*).
á su hijo maldijera,
y ustéd á Enrique insultára, (*A Antonio*).
armando tal bulla y gresca

que á los gritos, al momento
acudió la fonda entera.
Ahora bien; era preciso
vindicarme de la negra
opinion que se ha formado
de mí; ¿ mas de qué manera?
Héla aquí: dejé correr
la aventura, cual si fueran
ciertas esas relaciones
que con el señor me cuelgan. (*Por Enrique*).
He hecho que mi fiel Juana
de una manera indirecta
haya divulgado aquí
mi boda con el tronera
que causó tantos disgustos
por su quimérica empresa.
Así, digo que soy viuda,
aunque esto cierto no sea,
por lo cual no es nada estraño
que con el señor me vieran (*Id.*)
sola del brazo, y así
logro que mi honor me vuelvan
Ustedes se van mañana,
segun creo; yo á Marsella
marcho mañana tambien;
todos, pues, conformes quedan
en que el señor es mi novio, (*Id*)
y en que mi conducta es buena.
Ustedes quedan en paz
y se acaba la novela.

ANTONIO. Aun le faltan dos capítulos,
señora, segun mi cuenta.

BARONESA. ¿Cómo?

ANTONIO. Ustéd ha armado todo
este embrollo, por la idea

que formó de que nosotros
estábamos á la puerta,
para prepararle un lazo
que á conocer nos la diera;
y esto es tan falso, señora,
como es tan cierto que en esta
cuestion mi infeliz hermana
haya sufrido la pena
de suponer que su amante
tras de dejarla y vendorla,
se tuviera que batir
conmigo por su imprudencia.

D. LEON. Y además de que este padre
el gran disgusto sufriera
de suponer que su hijo
sin honor y sin vergüenza,
por una desconocida
hoy le desobedeciera.

CRISTINA. Ustéd dice que nosotros
pensamos mal; pues en esta
cuestion ustéd ha pensado
peor que todos.

BARONESA. ¿Y la prueba
de que ustedes no esperaban
para burlarme?

D. LEON En la mesa
oí yo que aquí mi hijo
estaba sin mi licencia,
y buscándole llegué
á esta sala.

CRISTINA. Y en la mesa
fué tambien donde oí yo
que Enrique era infiel; por esta
razon subí en el momento
á dar á mi hermano cuenta.

BARONESA. Y esas voces las creyeron
ustedes, luego la esencia
de todo fué el pensar mal
de mí.

ENRIQUE. Justo; y toda esta
barahunda está fundada
en creer cosas no ciertas.

BARONESA. Yo pensé mal, mas fué luego
que ustedes antes lo hicieran,
amor con amor se paga,
quedan corrientes las cuentas.

ANTONIO. Una palabra; es preciso
que quien es ustéd se sepa.

D. LEON. Es verdad.

BARONESA. Ahora sí.
Ni soy viuda ni soltera,
estoy casada hace un año
con el Baron de Lasierra,
á quien asuntos privados
hoy le tienen en Marsella.
Hace seis meses partió
á la poblacion aquella
desde Madrid donde estábamos,
y como tal vez su ausencia
se prolonga demasiado,
voy con él hasta que vuelva.
No pensaba aquí venir,
pero como pasé cerca
de estos baños, me ocurrió
el tomar una novena.

ANTONIO. ¿Veis como el afán maldito
de murmurar sin cautela
os ha traido disgustos
como yo os lo predijera?
Señora, yo he sido el único

que al llegar ustéd á esta
fonda, no puse cuidado
en averiguar quien era.

BARONESA. Ya sé yo quien es ustéd.

ENRIQUE. Como yo la ví tan puesta
en París.....

BARONESA. Sí, allí mi boda
se celebró; como en esa
ciudad tengo parientes,
y mi esposo.....

D. LEON. Mas ....

BARONESA. ¿Aun queda
alguna duda? Las cartas
de mi esposo en esa mesa
están, Sr. D. Leon
tómese ustéd la molestia.....
y quedará convencido
de si son mis frases ciertas.
(*D. Leon vá á mirar las cartas*).

ANTONIO. (Digo, si sabe la niña,
no ha estado mala la treta).

D. LEON. ¡Ah! lo que es ahora ya
ninguna duda me queda.
No ha estado mal la leccion.

BARONESA. Sobre todo no se sepa
que es una farsa: con esto
mi reputacion se queda
tal como estaba otra vez.

ENRIQUE. Descuide ustéd, Baronesa,
seré hasta irnos su novio
á los ojos de la aldea.
Cristina mia, ¿no ves
como era verdad?

CRISTINA No vuelvas
á hacer mas declaraciones

por saber vidas ajenas.

ENRIQUE. Ni tú á pensar mal.....

CRISTINA. Lo juro.

ANTONIO. Otra vez los novios vuelvan
á serlo, ¿eh, D. Leon?

D. LEON. Desde luego; y tú, tronera,
no hagas mas escapatorias.

ENRIQUE. Esta fué por verla á ella.
(No te se escape decir (*A Antonio*).
que no acabo el curso).

ANTONIO. Sea.

BARONESA. Para concluir con broma
he preparado una buena.

CRISTINA. ¿Cual?

BARONESA. Vá á marcar el reloj
las diez, y aquí vá á ser ella.
Hay en la fonda un vejete
parlanchin y muy babieca,
capáz de saber la vida
de una poblacion entera.
Él ha sido el que mas daño
me ha causado con su lengua,
y al mismo tiempo ha tratado
de hacerme el amor. (*Riendo*).

D. LEON. Las señas
me están diciendo á las claras
que es D. Cárlos.

ANTONIO. ¿El gaceta
andando? Ya me cargaba
antes de saber.....

CRISTINA. ¡Si era
el mas quita honras del mundo
cuando se hablaba en la mesa!

BARONESA. Pues bien; le he dado una cita
para que si se presenta

nos riamos á su costa.

ANTONIO. Bien hecho; se le avergüenza,
y se le dá una paliza
si es necesario.

BARONESA. La seña
que le dí son tres palmadas
en punto á las diez en esta
habitacion, pero tiene
que entrar por ahí. (*Señalando el balcon*).

ENRIQUE. Pues ea,
ya vá á venir, preparémonos
que son ya las diez muy cerca.
(*Suenan dentro tres palmadas*).

BARONESA. ¿Oyen ustedes? Él es.
¿Juana? Ponerse de espera.

ESCENA VI.

Dichos, Juana.

JUANA. ¿Señorita?

BARONESA. Abre el balcon.

JUANA. Ya está.

BARONESA. ¿Se distingue.....

JUANA. (*Mirando*). Apenas.

BARONESA. ¿Pero hay gente en el jardin?

JUANA. Eso no, ya estoy bien cierta,
no está mas que el caballero
don Cárlos.

BARONESA. Pues haz la seña.

JUANA. ¿La de las palmadas?

BARONESA. Sí.
(*Juana dá tres palmadas*).

JUANA. (*Mirando*). Ya se encarama á la higuera.

CRISTINA. ¡Pobrecillo!

JUANA. (*Id.*) ¡Ay, cómo lucha,
y qué trabajo le cuesta!
Ya está aquí.

BARONESA. Retírate
á este lado, no te vea. (*Juana se retira*).

ESCENA VII.

Dichos, D. Cárlos.

(*Entra por el balcon, y al montar para saltarlo, queda el tiempo suficiente para decir los tres primeros versos, entrando despues en escena*).

D. CARLOS. (¡Trabajillo me ha costado!
pero al pensar en la tierna
plática, que de aquí á poco
pienso tener... ¡Santa Tecla! (*Viendo á los otros*)
¡Ellos aquí! Me han partido).

ANTONIO. Señor D. Cárlos, muy buenas.... (*Burlon*).

D. LEON. Buenas noches, señor mio.

TODOS. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

D. CARLOS. (Buena me espera).

ENRIQUE. ¿Qué le trae por aquí
á estas horas?

D. CARLOS. ¡Psht! La idea
de en su amable compañía
pasar un rato.

CRISTINA. ¿Y es esa
la entrada á este cuarto?

D. CARLOS. Como
no..... no..... encontré la escalera.....

ANTONIO. Se subió por el balcon;
eso se llama entenderla.

TODOS. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

D. CARLOS. Digo, no, no,
fué que..... equivoqué la puerta,
y por entrar en mi cuarto
me entré aquí. (¡Santa Teresa
me valga!)

ANTONIO. Lo que es la escusa
ya no puede ser mas buena.

CRISTINA. (¡Pobrecillo! Le sofocan).

ENRIQUE. ¿Y ustéd por el balcon entra
á su cuarto?

D. CARLOS. Algunas veces
por abreviar.....

ANTONIO. ¿Sí? Pues ea,
para que otra vez no alegue
ignorancia, ahora, en presencia
de todos, vá usté á salir
por donde entró.

D. CARLOS. (*Asustado*). ¿Qué?

ANTONIO. La pena
del Talion; no hay remedio.

D. CARLOS. ¡Me he de romper la cabeza!

CRISTINA. Déjale.

ANTONIO. ¡Cá, no señor!

D. CARLOS. Si entré aquí fué porque esta
señorita me lo dijo.

ANTONIO. Ya lo sabemos, babieca.

D. CARLOS. ¿Cómo?

ANTONIO. ¿Pues qué, creyó ustéd
que era verdad la apariencia
de que le correspondia?

BARONESA. Dejadme hablar; aquí, en esta
fonda, el que mas ha tratado
de averiguar quien yo era
ha sido ustéd, y además

me disfamó en toda regla.

D. CARLOS. ¿Yo?

JUANA. Sí, sí señor, ustéd.

ANTONIO. Ustéd habló de una escena
en un coche, cuando estábamos
aguardando antes ahí fuera
por ver si salia Enrique.

BARONESA. Pues para que otra vez sepa
contenerse, he preparado
con estos señores esta
burla, que puede contar
muy satisfecho en la mesa.
Puede ustéd decir tambien,
que no soy una soltera
como creyó; que soy viuda,
y que me marcho á Marsella,
donde efectuaré mi enlace
con Enrique.

ENRIQUE. Eso es.

ANTONIO. (*Señalándole la puerta*). ¡Ea!

BARONESA. (*A Cristina y Enrique*).
(Basta con decirlo á éste,
para que todos lo sepan).

(*D. Cárlos habrá quedado con la cabeza baja como avergonzado*).

ENRIQUE. Se ha quedado paralítico.

D. LEON. ¡Eh, D. Cárlos! ¿En qué piensa?

ANTONIO. ¡Hable ustéd, hombre!

D. CARLOS. (*Amenazador*). ¡¡¡Señores!!!
(*Naturalmente*). Tengan ustedes muy buenas.
(*Váse*).

ESCENA ÚLTIMA.

La Baronesa, Cristina, D. Leon, Antonio, Enrique, Juana.

BARONESA. Pues no gastó cumplimientos.
ANTONIO. Ya vá bien escarmentado.
CRISTINA. ¡Pobre, le habeis apurado!
JUANA. ¡Si vá bebiendo los vientos!
BARONESA. Ea, pues, mi cometido
se cumplió en esta ocasion;
réstame pedir perdon
á los que por mí han sufrido.
ENRIQUE. Señora, si á perdonar
vamos, nosotros seremos
quien mas perdon imploremos.
ANTONIO. Pues pelillos á la mar.
Vosotros la vida ajena (*A Cristina y Enrique*)
quisisteis saber; mal hecho.
Ustéd tomó muy á pecho (*A la Baronesa*).
aquella casual escena.
Todos mil suposiciones
falsas hicisteis; yo no,
nunca me he curado yo
de las ajenas cuestiones.
Si á ustéd le falté, señora,
tratándola mal, lo siento;
pero ví en aquel momento
falso lo que cierto ahora.
Y al ver tanta villanía
en ambas partes, confieso
ingenuamente, que eso
mi génio lo repelia.

BARONESA. Pues bien; ya todos en paz
quedando y yo sin dobléz,
pueden mirarme otra vez
sin repugnancia á la faz.
Don Leon, el santo abrazo
que los una solo espero.

D. LEON. ¡Ah! sí, sí, que pronto quiero
(*Abrazando á Cristina y Enrique*).
los una el sagrado lazo.
Pero al ver esta leccion
por ustéd dada tan bien
quiero si unidos se ven,
que nunca murmuracion
crítica ó chismografía
siembre entre ellos la discordia;
sea siempre la concordia
su norte desde este dia;
pues bien claro han visto aquí
lo que les dice este viejo.....

ANTONIO. Un momento; ese consejo
me toca dárselo á mí.
Bajando al proscenio, y colocándose entre Cristina y Enrique).
Cuando Adan y su mujer
del paraiso salieron,
fué porque sin precaver
Eva se empeño en saber
lo que nunca le dijeron.
Aquel árbol lo negó
sin duda la ciencia infusa,
y cuando ella así lo vió
y á su marido engañó,
quedó cortada y confusa.
Mas no por eso escarmiento
tomaron de este acto aleve

las hembras, cuyo mal siento;
cada cual fija el talento
en saber lo que no debe.
Y un siglo de otro detrás
en las hembras que aquí quedan,
vá creciendo más y más
su afán de saber, quizás
porque unas de otras lo heredan.
Y no es estraño á fé mia,
que á fuer de estar á su lado
un dia tras otro dia,
esa perversa manía
se nos haya al fin pegado.
Pues bien; aunque la eleccion
entre el bien ó el mal os dejo
despues de aquesta leccion,
con la mejor intencion
quiero daros un consejo.
Si un caso análogo os pasa,
y sospechais de mil modos,
recordad con fé no escasa
lo de *cada uno en su casa,*
y el Señor en la de todos.
¿Veis un pícaro? Dejadle,
Dios le dará su castigo.
¿Veis un honrado? Admiradle.
¿Veis un necio? Abandonadle,
no le tengais por amigo.
Pero nunca critiqueis
á estos hombres ó á los otros,
á ninguno murmureis,
lo que con ellos haceis
lo harán ellos con vosotros.
¡Cuántas gentes confundidas
se ven hoy y desgraciadas,

por mil voces difundidas
relativas á sus vidas,
que son voces infundadas!
¡Cuántas mujeres su honor
han perdido con quebranto
por algun falso rumor,
y hoy no hallan en su dolor
nadie que enjugue su llanto!
Si el bien hemos de alcanzar
cuando nuestra hora sea,
nada nos debe ocupar
que sirva para ultrajar
á nadie que nos rodea.
¡Solo lo bueno os asombre,
y siempre llevad en pós
do quier que el vicio se nombre
que para ver, está el hombre,
para juzgar, está Dios!

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS EN VENTA.

Veladas de verano. Poesías de D. Eusebio Blasco. Un tomito en 8.° de 136 páginas, de buen papel y esmerada impresion. Su precio 6 reales.

El novio aragonés. Disparate - zarzuela en un acto, original de D. Luis San Juan y Alcocer, música de D. Antonio Rovira. Precio 4 reales.

Al Africa. Zarzuela en un acto, letra de D. José María Huici, música de D. Benigno Cariñena. Precio 4 reales.

Guia de Zaragoza ó sea breve noticia de las antigüedades, establecimientos públicos, oficinas y edificios que contiene, precedida de una ligera reseña histórica de la misma. Un tomo en 8.° de 700 páginas. La acompaña el *Croquis de Zaragoza.* Precio 14 reales.

Literatura griega. Por D. Braulio Foz. Un tomo en 4.° de 194 páginas. 8 reales.

El ajedréz, (tratado de) por Borao y Gallifa. 6 reales.

Exhortacion á la instancia de la canonizacion del rey D. Jaime I de Aragon, llamado el Conquistador. Obra póstuma del Sr. D. Gaspar Galcerán de Castro y de Pinos, Conde de Guimerá. Publícala con un prólogo y algunas notas D. Pascual Savall y Dronda. Precio 4 reales.

La imprenta en Zaragoza. Por D. Gerónimo Borao. Precio 6 reales.

Historia de Zaragoza. Por D. Joaquin Tomeo y Benedicto. (En publicacion.)